AAC 9454

Valparaíso y los ingleses en tres siglos

Conferencia leída en inglés por don Benjamín Vicuña Mackenna, ante la Young Men's Christian Asociation de Valparaíso, el año de 1884.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Santiago de Chile
Imp. Cervantes-1910

ES PROPIEDAD DEL TRADUCTOR

Imp. Cervantes

A la Colonia Inglesa, a los que han hecho una segunda patria de la nuestra y al pueblo porteño en general, con ocasión del primer Centenario de nuestra gloriosa emancipación, dedica este trabajo

EL TRADUCTOR

Valparaíso y los ingleses en tres siglos

No será vanagloria ilegítima tal vez lo que para mí es una satisfacción del bien cumplido sacando á luz, del sueño en que yacía, una obra interesantísima del que pasa por el primero y es sin duda el más genial de todos nuestros escritores: don Benjamín Vicuña Mackenna.

Leída modestamente, hace un cuarto de siglo, en forma de Conferencia, ante un selecto público británico del Puerto, hasta el día estaba inédita en castellano: jardín de episodios del Pacífico chileno, velado para nosotros aún, pero narrado entonces en la fina y gentil lengua de Byron.

El bardo de las glorias épicas del 79 mal podía callar ante el cúmulo de glorias paralelas á las nuestras y que acaso también las generaron ellos, los hijos de la nebulosa Albión, esos hombres de almas y músculos de acero, que hace tres centurias cruzan nuestros mares con el comercio, esa guerra de la paz

No pido, al terminar estas líneas, sino un favor: el que se lea liberalmente al chispeante y amenísimo escritor y novelista de una generación viva y lozana aún en sus nietos, que, hoy, cual miríada rutilante, orlan nuestro cielo patrio.

Nuestra honrosa historia tampoco podrá defraudarse de ello.

El Traductor

Santiago, septiembre de 1910.

Los primeros británicos en Valparaíso (*)

Conferencia leída en inglés por don Benjamín Vicuña Mackenna en Valparaíso en 1884, ante la «Young Men's Christian Association» sobre los orígenes de la colonia inglesa en Chile, é inédita hasta hoy en castellano,

Versión castellana por Juan F. Méndez E.

I

Señor Presidente, señoras y caballeros:

Es la bondad virtud ingénita en los corazones ingleses, y por esto, confiado enteramente á vuestra noble indulgencia, me atrevo á hablaros en vuestra propia lengua sobre un asunto tan arduo como interesante, para el cual solicito anticipadamente vuestra benévola atención.

(*) El autor dice en nota que prefiere el término *bretón (briton)* al *english* por ser más comprensivo: nosotros hallamos más propio el *británico*.

(N. del T.)

Estoy cierto, por lo demás, que se necesita ánimo y entereza para dirigirse á todo un ilustrado público inglés en el hermoso y elegante idioma en que hablaron al mundo el bardo de Avon y el águila intrépida de Missolonghi; mas del todo me entrego á la gran bondad y grandeza de miras de vuestra Asociación, consagrada á promover el bienestar de vuestros hermanos.

Quiero aportar mis esfuerzos á obra tan noble y grandiosa, y abundando en vuestros propósitos, voy á hacer un resumen de los servicios prestados por vuestros antepasados á la libertad, á la prosperidad y al progreso de esta hoy próspera ciudad y, por tanto, á este país hospitalario, llamado tan comunmente «la Inglaterra del Pacífico».

II

No es mi intento, ciertamente, haceros una historia retrospectiva de los siglos pasados, relatándoos las audaces y codiciosas empresas de vuestros atrevidos navegantes del siglo XVI, durante el cual vuestro insigne Drake, como el primer inglés que dió la vuelta al mundo, clavaba repentinamente el ancla de su famoso buque, el *Golden Hind*, en esta entonces solitaria bahía, guiado por un pescador nativo, en la mañana memorable del 4 de de diciembre de 1578, cuando aquel bravo pero inescrupuloso capitán quemaba la única ruín bodega construída á orillas de ese mar, y cuando, según la

expresión del viejo cronista inglés, «ahogaron ellos su alegre fiesta en el generoso y viejo vino de Penco».

III

Tampoco ocuparé vuestra atención con la historia de las viejas empresas de vuestros nobles compaisanos, como sir Thomas Cavendish y otros, que experimentaron en Quintero, guiados allí engañosamente por otro pescador indígena, el brillante ataque de los guerreros de Chile diez años después de las felices excursiones de Sir Francis Drake por esas playas (noviembre 4 de 1587).

No os relataré tampoco la marcial lucha y rendición del tercer aventurero británico de aquella centuria, el infortunado Richard Hawkins, que, atacado valerosamente por don Beltrán de Castro en las aguas del Perú, ofrendóle, al ser gravemente herido, su espada y su oro, en rescate pagado al noble captor, recibiendo sólo, en cambio, la petición de que, al pisar el capturado comandante las costas de la tierra natal, le enviara «dos perros ingleses» como precio de su libertad.

IV

Sólo de paso, en el curso de esta lectura, me detendré en recordar una circunstancia que, si no ha sido comprobada, en cambio, arroja fea sombra

sobre la reputación del ya nombrado capitán inglés. Acusáronle los católicos españoles de haber tirado al mar en esta propia bahía, desde su elegante buque, el *Dainty,* un crucifijo en odio á la religión católica romana, cuyo ultraje originó en Santiago la procesión famosa llamada del *Desagravio*, ideada para aplacar la ira del Señor, y celebrada cada año en desagravio de la ofensa, en solemne y pomposa ceremonia y en recuerdo del hallazgo de la sagrada reliquia por la red de un pobre pescador del puerto.

V

En pos de los grandes circunnavegantes ingleses mundiales del siglo XVI, cuyos nombres pasamos ya en rápida revista, surgen en la siguiente época los terribles pero románticos corsarios (ó filibusteros) que, por cerca de media centuria, surcaron las aguas del Pacífico, no en busca de gloria, de comercio ó de descubrimientos sino del pillaje.

«Beauty and booty» (1) tal fué su santo y seña en Valparaíso, y fué gracias al pánico que, sus temerarios actos infundieron entre los habitantes del país y ciudades del interior, el que se declarara un día el puerto, por un decreto del Rey, «*plaza de guerra*».

Tiempo después fué construída la vieja fortaleza existente aún llamada *Castillo de San Antonio*,

(1) Belleza y botin.

(*N. del T.*)

(aunque hoy reconstruída á superior altura), y luego la absurda fortaleza de *San José*, con su abierta batería de la *Planchada*. La pesada obra de piedra y ladrillo ocupaba el centro de la bahía, y simultáneamente se alzó la bien plantada batería, en barbeta, de *La Concepción* en la extremidad oriental del viejo puerto y bahía, por mandato de los celosos monarcas españoles, contra los Sharps, los Davies, los Knights, y otro centenar de aventureros, piratas y ladrones del mar en aquellos remotos tiempos.

VI

Con todo, el terror á los heréticos británicos en esta sombría posesión de la celosa España, sirvió de no pequeño estímulo al progreso nacional, llevando á la costa marítima todo el valor y extensión de las ciudades en aquel entonces.

Valparaíso, miserable aldea á la sazón, era transformada poco á poco en pequeña aunque tolerable villa, á través del pánico inspirado por los audaces filibusteros que cruzaban en escuadrones desde el Ismo de Panamá el Pacífico, guiados por el valiente inglés Morgan.

Del mayor interés, indudablemente, habría sido para vosotros el recuerdo dramático de más nobles empresas encaminadas á mayores éxitos en estas playas por ingleses más ilustres que los mencionados; y para mí sería particular encanto referiros las hazañas del caballeroso Lord Anson, cuando, en mitad del

siglo pasado inesperadamente bloqueaba este puerto y capturaba á uno de mis antecesores, á quien el galante capitán regaló una espada, que, cual una joya, conservábase en Chile en calidad de reliquia de familia por muchos años después. Y no menos interesante, creo, sería para vosotros oir las aventuras de la cautividad chilena que sufrió uno de los guardiamarinas de la flota de Lord Anson y que fué después un famoso almirante y descubridor, el Almirante Byron, tío abuelo del inmortal vate que en nuestra edad resucitó á Shakespeare y acaso en alguno de sus poemas le sobrepasó.

VII

Ahora invoco vuestra paciencia benévola en orden á algo que se relaciona con aquellos sucesos; y es el hecho de que los Byrons ingleses han tenido una misteriosa simpatía por esta tierra chilena, cuyo puerto principal se llamó desde su conquista «el Valle del Paraíso.»

El almirante Byron vivió en Santiago, pero no como un prisionero ó un enemigo, sino como un huésped juvenil; mientras su sobrino, el gran poeta (lo cual se ha sabido últimamente) hubo de venir á curar su melancolía sublime al pie de los Andes gigantescos, y — lo que es más de admirar, — cuando aquél moría en Missolonghi en defensa de la libertad de Grecia, era su sucesor al título de Lord,

(1) El XVIII para el autor.

(*N. del T.*)

otro Byron, quien estaba entonces á bordo del *Blonde*, como capitán de su nave, en esta bahía.

El almirante Byron relata más adelante en sus «Voyages» que, habiéndose amistado en Santiago con la noble y actualmente casi extinguida familia de Jirón, esta le reclamaba el parentesco, lo que el joven prisionero de guerra alegremente admitía, no habiendo, á su parecer, más obstáculo para comprobar el caso que el cambio de la J de *Jiron* por la *B* de *Biron*...

VIII

Pero tales reminiscencias de los tiempos pasados llévannos demasiado lejos del objeto limitado y real de nuestro tema, y sólo trataré de concretarme á la señalada época en que el influjo de vuestra raza comenzó á ejercer su legítima y apacible acción, en ese campo en que vuestros abuelos nos ayudaron á ser libres con su acero y felices con su oro.

La era de que os hablo puede llamarse acaso una era permanente para nosotros, mas su punto de partida se inicia propiamente hablando en los días de la lucha por nuestra independencia, y aún más especialmente se refiere á esa era de libertad práctica que empezó con la batalla de Chacabuco (1817) y concluye con el reconocimiento de nuestra independencia diez años después (1827) por el Gobierno inglés.

IX

Tal es la época que comprende, aproximadamente, el espacio asignado á esta lectura; pero la mayor fidelidad del relato en orden á lo que los Británicos entonces fueron y emprendieron en favor de Valparaíso, me induce á pediros oirme algo sobre lo que fué el puerto antes de que desembarcasen en él vuestros abuelos ó, mejor dicho, en la que sólo era una triste y desierta arena.

No olvideis, mis buenos oyentes, que yo no pretendo elaborar al presente una pieza literaria ó, tan siquiera, presentaros lo que pudiera llamarse un ensayo histórico. Nó, mi intento, al respecto de este mítin es algo puramente por decirlo así, doméstico. Yo me presento ante vosotros como un modesto señor del país (y tal es el significado de mi presencia en este noble Hall) y vengo á contaros en familia las virtudes y beneficios de vuestros antepasados, señalando á la posteridad el camino que siguieron, para ejemplo y consagración de su memoria, en el santuario de la pública gratitud.

Al sonar el primer grito de independencia en esta comarca á principios de 1810, no era precisamente Valparaíso una ciudad sino apenas una aldea.

Semejante á la Roma del vate francés, Valparaíso no estaba en Valparaíso, porque su bahía, encerrada en el recinto de un corto centenar de yardas,

sólo se consideraba á la sazón como la Plaza mayor de Santiago, su orgullosa y aristocrática metrópoli. Valparaíso, durante la época colonial, era el puerto de Santiago ó, simplemente, «*El Puerto*», como se ha llamado generalmente.

A sus comienzos, en pleno siglo XVI, este hoy próspero pueblo sólo era una dependencia de Quillota, cuyo corregidor había de ir en su mula á dar su permiso, cada vez que algún buque aparecía en la boca del puerto (y esto una ó dos veces al año), á su capitán para seguir hasta Arica ó el Callao, únicos puertos abiertos entonces al comercio por la autoridad real, comercio que en tal época únicamente lo formaban el trigo, el charqui y el sebo.

Bajo el punto religioso, Valparaíso viejo fué sólo, —lo que se hace cuesta arriba entender,—una dependencia del cura de Casablanca, que en tiempo de Cuaresma (también de cosechas en Chile), limitábase á ir á decir Misa á los marineros del par de embarcaciones que, á lo sumo, había en el puerto, y á congregar dentro de su pobre, desmantelada iglesia las almas de los bravos obreros del mar.

X

Bajo tan depresivas circunstancias, no era Valparaíso el que pudiera pretender la heráldica de una ciudad ó de un puerto de mar: era medio convento y medio deshecha fortaleza, y nada más.

Toda la altura entre los dos límites geográficos

de la Plaza, por decirlo así, entre el Castillo de *San Antonio* y el extremo oriental, entonces denominado *Cruz de Reyes*, era coronada por los Conventos, de *Santo Domingo*, que hasta 1767 fué residencia de los jesuítas; de *San Francisco*, existente aún, con su Plazuela al frente, en cuya clausura vió el viajero francés Frezier una corrida de toros; y, finalmente, de *San Agustín*, convertido después en teatro destinado á ser testigo un día del más trágico suceso, cuyo relato pone fin á este trabajo.

En el centro de ese enjambre de iglesias, de claustros y fortalezas, donde se disputaban los pobres frailes con los soldados el terreno palmo á palmo, construyóse la vieja Iglesia Parroquial, menguada construcción colonial que, si no respetó el tiempo, perpetuó, sí, el pincel piadoso de una artista inglesa, la celebrada Mary Graham, después Lady Calcott.

XI

Dejaban, sin embargo, los conventos de los cerros espacio suficientes para las espaciosas y ordinarias bodegas techadas de tejas, á la orilla del mar, de donde se embarcaban los frutos del país directamente en sus *costales*, hacia los navíos, no existiendo otro muelle en la bahía que las espaldas del rudo arriero, que de los valles interiores llevaba el trigo y el charqui allí. Y todavía, muchas de dichas bodegas, eran propiedad de los monjes santiguinos,

y hasta hace muy poco tiempo, allí estaban las de las *Clarisas* y de las *Agustinas,* y cerca de la del *Estanco Viejo*, tan conocido por los ingleses. La rica familia de los Iñiguez y las de los Manterolas y Varelas ocupaban con sus bodegas la total extensión de la actual calle de Prat, dividida en la quebrada del Almendro por tosco puente de madera,—el *puente Varela*,—y poseyendo cada una de aquellas construcciones hechas de adobes enormes y techos de tejas, un largo corral para las mulas y costales extendidos á la orilla del mar. Dichos corrales formaban en los últimos años nada menos que la calle de Cochrane, hasta que el Gobierno, después de prolongado pleito, tomó posesión de las tierras baldías que en su retirada dejaba el mar. Hasta entonces las ventas de lotes de terrenos para construcciones tenían invariablemente estos límites singulares: *Hasta las arenas del mar* y *hasta donde el comprador cave el cerro.* Los cerros, aún el *Alegre* y el de *La Concepción*, no valían entonces un ardite.

En aquel tiempo muchos de los buques que visitaban la bahía para desembarcar azúcar y arroz de Lima, y tomar en cambio, granos, tasajos, cueros y negros, llevaban nombres de Santos, por ej.: *Nuestra Señora de Dolores*, *Mi Señora del Carmen, Las Mercedes*, mientras otros de aquellos viejos cascos relumbraba con el nombre de *El Santo Cristo de Lero*, y algún otro con el de *El gran poder de Dios.*

Pero, á pesar de su pomposo nombre, el último era capturado, durante la guerra de la independencia, por el herético anglo-chileno, *La Fortuna* (1818).

Y de hecho, los viejos habitantes, del viejo Valparaíso no necesitaban almanaques impresos en sus hogares, pues todos tenían sus santos de particular devoción en el recinto de sus rocas, de sus templos, de sus bodegas, de sus fortalezas y de sus buques.

XII

En el estrecho espacio metido entre los peñascos y la playa que antes del moderno y abrupto levantamiento volcánico de la tierra y del artificial embancamiento de la bahía tocaba el pie de los cerros, dejando un recoveco para cada encorvada callejuela, llamada vanidosamente «calle»; allí estaban los ruines domicilios de los habitantes, algunos cientos en número, acurrucados en la más pintoresca pero abigarrada confusión. Las casas, casi todas, eran de un piso y poseían todas un corredor sostenidos por toscos pilares *(horcones)*, cortados en las silenciosas y espesas montañas de las *quebradas.*

Con respecto á las aceras ó sendas que se usaban, bien se sabe que, hasta los primeros años de este siglo, los piadosos vecinos que esperaban su misa matinal los domingos en *San Agustín*, tenían

que remontar su camino á través de resbaloso sendero, protegido á ambos lados de la actual *Plaza de la Justicia*, por una línea de postes de espino, hasta que la opinión, en su interés por remediar este estado de cosas, llamaba á público mítin, colectándose en él la suma de *tres dollars* para reparaciones.

XIII

Previamente asentamos que la ciudad y puerto de Valparaíso no llegaba más allá que la Cruz de Reyes, pedregosa colina, á modo de *cuesta*, semejante á la llamada *Alto del Puerto* en la capital, y la que heredó su nombre del de un rico mercader portugués del siglo XVII, dueño del primer buque del Reino de Chile, que se llamaba don Gaspar Reyes, secular propietario de aquel desfiladero abrupto. El pueblo nombraba á éste también *La Punta de Reyes*, porque, habiendo el buque *Nuestra Señora de la Hermita* escollado contra las salientes rocas del arrecife en septiembre 9 de 1769, con pérdida de mucha gente, el buen pueblo erigió en su memoria una Cruz con las vergas restantes del infortunado bajel: de ahí su apodo actual de *Cruz de Reyes*. Pero tal vez más significativo y correcto aún hubiera sido apellidarlo bajo el nombre de *Cruz de la Hermita*.

XIV

Desde la plaza dicha hasta la boca de la *quebrada de San Juan de Dios*, y en el espacio de más de media milla, desaparecía toda comunicación con la que era entonces rústica, arenosa playa llamada el *Almendral*.

El áspero y adusto promontorio *del Cabo*, semejante al Cabo de Hornos ó al de Buena Esperanza, al pie del *Cerro del Chivato*, formaba una casi inaccesible barrera entre ambos barrios, y esto en al manera que en platos antiguos como los de Frezier, Le Gentil y Feuillée, vemos tristemente marcado el sinuoso paso, que no sólo el arriero sino todos los habitantes de ambos extremos frecuentaban para evitar la tremenda y odiosa resaca.

Singularmente llamará la atención este punto; y es que la más central, animada y próspera calle del Valparaíso moderno sólo era un solitario y estrecho desfiladero disputado hora á hora al hombre y á las bestias por el enfurecido océano, y aún lo hacían más peligroso los asaltos de los bandidos ocultos en los escondites del monte.

La *calle del Cabo* (hoy día *Esmeralda*) era tan temida cual los *Cerrillos de Teno*, ó el famoso *Pan de Azúcar* de Colina, y nadie osaba pasar desarmado el áspero y solitario camino sin la escolta del *sereno;* y solía verse bajo el fuego del asesino á un

caminante como alumbrando los pasos del Dragón. Y este hombre, este nuevo San Jorge siempre era un inglés.

XV

Pero sólo fué durante la actual centuria cuando un emprendedor comerciante de Vizcaya, don Joaquín Villaurrutia,—el Edwards de aquel tiempo,—y por los días de la batalla de Chacabuco, construía sobre estrecho sitio,—donde está hoy la *Plaza del Orden*,—una tosca y solitaria casa, con pretensiones de *bodega*, y anexo á ella un igualmente tosco muelle de piedra, de 32 varas de largo y al pie del cerro de la Concepción. El general Mackenna, entonces capitán de ingenieros, tuvo la idea de sacar ventaja de aquella central posición y su muelle para erigir una batería baja; pero la poderosa influencia del vizcaíno contuvo su plan. Años después otro histórico hombre de genio, más que artífice, Mr. Searle, propuso al Gobernador Portales prolongar la ciudad por medio de un avance al mar, haciendo una explosión colosal del cerro de la Concepción; pero el temor del vecindario fué parte para evitar la ejecución de tan temeraria empresa.

XVI.

El muelle Villaurrutia fué el vínculo artificial de comunicación entre el Puerto y el Almendral; pero los suburbios de ambas villas, la marítima y la rural, no comenzaban propiamente sino en la *quebrada*, donde el convento y hospital de San Juan de Dios (hoy manzana de construcciones del comodoro Latorre) se alzaban en aislada posición y en medio de bosques casi primitivos, regados por abundante riachuelo, fuente de riqueza y entrada de los frailes.

Desde allí continuaba hacia el Oriente un disparejo y arenoso espacio usado para *alojamiento de carretas*, estagnadas y alejadas forzadamente del Puerto allí, ya por las sombras nocturnas, ya por el capricho del destino. Debido á lo cual, la calle de *San Juan de Dios* todavía conserva la forma de de las olas, con la visible marca del avance y retiro de ellas. El *alojamiento de carretas de Valparaíso*, de igual forma que el *basurero* de la *Cañada* de Santiago, convirtióse más tarde en la que es *Plaza de la Victoria*, y desde su abierto, sucio recinto comenzaba el Almendral, irrigado á turnos por las aguas de dos esteros que casi encerraban su área desde la *Rinconada de Pocuro* á la arena del mar.

El primero de aquellos, llamado *de las Piedras*,

cambió su nombre al empezar la época presente por el de *Jaime*, apellido de un buen hombre (don Genaro Jaime) que tenía en la Rinconada un horno para quemar ladrillos y tejas, y que para su uso construyó con estos materiales y para el tráfico de sus enormes y cargadas carretas, un sólido puente.

El otro estero dividía el Almendral de Polanco, delgada banda de tierra perteneciente á don Santiago Polanco, á cuya chacra solían ir las buenas familias del Puerto, como enjauladas en sus carretas, á probar las fresas que ya pintaban al asomar el verano. El abrupto y sombrío cerro del *Morro* (hoy del *Barón*) cerraba la bahía y el plano en tal dirección.

XVII

En aquellos primitivos tiempos el Almendral habíase asignado á un conquistador castellano en premio á sus servicios prestados en muchos combates sangrientos con los araucanos; y era su nombre el de Diego de Ulloa, y la fecha de su título legal, 1613. Pero un siglo después, el prior de la Merced, Jerónimo de Vera, varón esforzado, asociado al cura de la Matriz, tomó el lote principal en dos mil dólars, vendiéndolo á su vez por *quintas* y *chacras* á los arrieros del Puerto de Santiago. En el hecho, en aquellos días era el Almendral una

aldea del todo independiente de la aldea llamada *el Puerto*. El botánico francés Feuillée, que visitólo en 1712, hablando de él dice: «La aldea del Almendral se extiende á una corta legua de Valparaíso, y desde ha poco, cuando se acude al Puerto á extender algún acto legal, nunca se omite declarar oficiosamente—«*vecino del Puerto*», tal como quien dijese un ciudadano del Sena ó de Londres. Todavía conservo esta nota entre mis recuerdos: que los habitantes del Almendral solían ir cada mañana á los establos de un italiano (situado frente á la Merced y donde está ahora el teatro) á saber si saldría la diligencia para el Puerto, y cuándo y á qué hora..

En los días de la guerra de la independencia, la tierra del Almendral casi no tenía valor para las construcciones, debido al temor por las irrupciones del océano, que ya había salido tres veces (terremotos de 1647, 1730 y 1751) en el curso de una centuria.

Por tales razones, la tierra aquella se destinaba al cultivo de los vegetales y de algunos árboles frutales, como olivos y duraznos, y de todas clases en fin, *excepto almendros*. El Almendral de veras estaba en la Cabritería, y es digno de saberse que la ancha y hermosa calle de la Victoria debe su forma actual al hecho de haber sido un día cancha de carreras de aquellos buenos y sencillos arrieros y muleros. Y es fama que los Padres del Sagrado Corazón sembraron en una de sus pequeñas clausuras

ó *encierros* á través de la larga calle y á un costado, tres fanegas de cebada sólo setenta y cinco años atrás. (*)

XVIII

Respecto á los lóbregos y desiertos cerros de los alrededores del Puerto, hemos ya dicho que uno, el frontero á la Planchada, era ocupado por el enorme pero inútil *Castillo blanco* ó de *San José,* arruinado enteramente en el cataclismo de 1822; el bajo plano del cerro de la Concepción era otro reducto con su batería, mientras sobre el Cerro Alegre existía una *cancha de chueca*, asignada como campo de sport á los indios de la Rinconada, cuyo último cacique fué Alonso Ventura. Eran ellos los pescadores sobrevivientes de la tribu de Quintil (el nombre indígena de Valparaíso) á cuya población diera Juan Saavedra, aquel bravo jefe de la vanguardia de Almagro,—nacido en Valparaíso de Extremadura—por el parecido de sus hondonadas boscosas con las sombrías *quebradas* de la bahía de Quintil, el romántico nombre del lugar de su nacimiento. Fuera del cual, hay en España seis ó siete poblaciones que llevan el dichoso título, pero con el auténtico de *Valles de Valparaíso.*

(*) Esto es, en 1809. *(N. del T.)*

XIX

Tales erán las dos ciudades que el vetusto puerto de Santiago formaba cuando alumbró la brillante alborada del nuevo siglo. El Almendral era la ciudad de los arrieros, pescadores y *carreteros* que acostumbraban alquilar sus caballerías para viajes del interior. En el Puerto cerrado al mar, vivían los carreteros oceánicos y los que arrendaban sus barcos para los inevitables viajes al Callao, á Penco, y frecuentemente otros imprescindibles hasta los presidios de Valdivia y Juan Fernández. Era su tonelaje tan menguado—aunque bastante espacioso para el pobre tráfico de aquellos días,—que hace algunos años (1868) me mostró un antiguo residente (don Manuel Blanco) el singular poste de madera con su anillo de acero, al cual los capitanes de buques solían amarrar sus cables, y ello cabalmente al centro de la actual plaza de Echaurren,

«Entre la base de los cerros y el mar,» escribe un viajero británico que visitaba á Valparaíso en agosto de 1802, tratando de escribir esta entonces miserable plaza, «hay una calle de mediana extensión, que al Oeste limita por altos y abruptos cerros, continuando hacia el este por la vecina villa del Almendral. En dicha calle se ven las mejores casas, varias de ellas de hasta dos pisos, construídas de ladrillos, pero de ordinaria estructura y apariencia.

Cruzando esta calle en ángulos rectos, destácanse otras entre las profundas grietas de los cerros, y van á besarse con aquellas concluyendo en agrupamientos y degenerando en estrechos senderos, y dominando al otro lado de los cerros algunas chozas y tugurios de infeliz apariencia. En cuanto á la iglesia, que es de un estilo muy vulgar, se levanta en un pináculo sobre el crucero de dos calles, y cercana al centro de la ciudad. El castillo, inclusive la residencia del gobernador, descuella sobre la bahía, y es una menguada construcción, indigna de tal nombre».

XX

El autor del pasaje transcrito fué el celebrado Capitán Cleveland, originario de Salem, Mass, y uno de los marinos más célebres de su tiempo en el Pacífico.

Añade aquél que encontró allí fondeados cuatro buques americanos, que, sospechosos de ser ingleses, estaban en aquella bahía espuestos al tiro de los cañones de los tres castillos de la plaza. Uno de los buques en entredicho era el *Hazard*, capitán Rowan, hombre bravo y resuelto que rehusó entregar una cantidad de fusiles al gobernador de Valparaíso, García Carrasco, aquel mismo hombrezuelo que regía la Colonia cuando nuestros gloriosos antepasados un singular día lo trastornaron en pro de la República; y será interesante recordar cómo el intré-

pido marino se opuso al pequeño déspota antes aún que diéramos nosotros el primer supremo grito. A la negativa del Capitán Rowan para entregar sus mosquetes, «las tropas de las guarnición», dice el capitán Cleveland, «á tambor batiente y á banderas desplegadas, viéronse marchar desde el castillo hacia la playa, en la tarde del día en que se negó la entrega de dichas armas. Pero Rowan, que estaba alerta, los vió embarcarse en una gran lancha en compañía del gobernador, y se aprestó á la defensa».

«La lancha, excesivamente cargada con los remeros y soldados, acercóse al *Hazard* con los reales colores al viento. A distancia de saludo, el gobernador se pone de pie y pregunta si puede ir á bordo: Rowan replícale que se verá feliz en honrarse con su presencia, pero que no podrá permitir que ni él ni sus soldados le aborden. Acércase la lancha más al buque, para poder comunicarse mejor los dos bandos. El gobernador requiere de nuevo la entrega del armamento, pero otra vez se le niega. Luego representa y urge las consecuencias de resistir á la autoridad de todo un representante del Rey. Más todo fué inútil; y notando que no harían efecto ni la persuasión ni las amenazas, y que centinelas armados se apostaban en las bordas del buque, y que, en fin, tomábanse á bordo todas las precauciones contra un golpe de mano, volvió á tierra con su gente, profundamente mortificado, excesivamente indignado y clamando venganza».

«Los soldados de la guarnición y el populacho se pusieron entonces bajo el mando del Gobernador á armar rapidamente todos los reclutas, emplazando los cañones contra la embarcación rebelde. Entretanto, los habitantes dejaban sus casas y se dirigían á los cerros. La actividad y bullicio de los negocios dejaban su lugar á la preparación y safarrancho de la guerra; y la confusión y el sobresalto facilmente pudieron compararse al caso de un asalto real».

XXI

I entonces, suprimiendo lo que no era ni dramático ni profético en la inicial tempestad de 1802, prosigue así el historiador y visual testigo de aquellos sucesos:

«Mientras que todos, los de tierra y los de á bordo, espiaban con creciente interés el resultado de esta amenaza, se vió á un hombre izando la bandera sobre el palo mayor del *Hazard*.

«Sobre doscientos rufianes armados de pistolas, sables y cuchillos embárcanse en las lanchas brigueros de la bahía, y abordaron al *Hazard* por sus dos costados, mientras su tripulación, descuidada, dormía profundamente. Y ya despierta, parte de ella trataba de salvarse huyendo presurosamente á la sentina. Rowan, noticiado con tiempo de esta venganza atroz por intermedio de un oficial, tomó tierra en el acto y envió al castillo".

La ominosa conducta del gobernador de Valparaíso hacia los habitantes de una nación libre y en paz con España, no pudo ser más vituperable, y ella «produjo», prosigue el escritor que ha conservado estos importantes é inéditos recuerdos, un intercambio de comunicaciones severas, cuyo texto, por una parte, fué el negar el derecho de ciertas escuadras extranjeras á navegar por estos mares, que, decía su Excelencia, forma parte de un territorio perteneciente exclusivamente á su Católica Majestad; y la otra consagrábase á refutar la doctrina absurda de que un país sea dueño absoluto y exclusivo de su mar, y hacíase en ella especial hincapié en que «los tratados no sólo dan derecho á transitar nuestrss buques por todos los mares, sino también á entrar á sus puertos y á pedir en ellos socorro». Su Excelencia cerraba la comunicación expresando la esperanza de que, si no le reconocíamos derecho exclusivo sobre aquellos mares, pudiéramos tan solo siquiera dejarlos libres señores de sus propios puertos».

XXII

Las incursiones hostiles de forasteros de activas razas en medio del flojo hogar español, en verdad, tan frecuentes se hicieron, que fué en estas costas una costumbre oficial, puede decirse, repetir como un saludo forzado la frase española de «*¡No pelea! ¡No pelea!*»

Un día después del conflicto americano de Valparaíso, ocurría otro, de carácter más serio, en Talcahuano, con el buque *Thomas*, que fué abordado después de dos horas de combate; y mui poco después era atacado el barco británico *Folgery* por el español *Cantabros* en el puerto de Coquimbo, y toda su tripulación pasada á cuchillo. Al ser el *Thomas* abordado, su segundo, un héroe inglés llamado Moodie, al izar la bandera y desplegar velas para dejar el puerto, gritó á sus hombres: «¡O abajo las velas ó fuera!» Y cayeron ellas!

Sustentaron los legisladores españoles la buena fe de sus pretensiones de ser los únicos reyes, señores y sátrapas del Pacífico, con argumentos tan candorosos como los del tiempo de su descubridor Vasco Núñez de Balboa, y ello como una especie de *privilegio exclusivo* granjeado por el Rey á sus súbditos fieles. El grande Océano era, pues, entonces una especie de *mar cerrado*, ó como un lago español; y en tal manera que, cuando don Pedro de Sarmiento perseguía infructuosamente á través del Estrecho á Drake, el gran Felipe II, al arribar aquél á España, preguntóle si no sería posible cerrar el paso herméticamente con cadenas y candado...

XXIII

Por fortuna, parecía sonar ya la Cruzada de la redención en estas distantes comarcas, como tan bien lo preveía el tantas veces citado autor, demostrán-

dose así la poderosa influencia de las ideas extranjeras que á estas tierras saludaban al despertar de un siglo.

«Durante mi estadía», dice él, «en Valparaíso, hicimos amistad y contrajimos el hábito de familiarizarnos con sus más interesantes vecinos; pues sus naturales simpatizaban con nosotros condenando á su vez esa corriente de hostilidad que en contra nuestra se pronunciaba por sus gobernantes. Por lo común, parecían despertar al sentimiento de vasallaje y de opresión al que estaban sometidos por sus opresores de la Europa: en manos de éstos moraban exclusivamente los puestos de provecho y los cargos honoríficos, para oprobio mayor de los criollos. Estallidos de indignación oíanse en esos y otros trances; pero acompañados de la esperanza de un período no lejano de emancipación.»

XXIV

El país no tuvo ciertamente mucho que esperar esa hora; y cuando ella sonó en el reloj del destino, á la faz del mundo, entonces los Británicos, á fuer de insuperables maestros, fueron también los primeros en la acción. Establecido el libre comercio con todas las naciones por la ley liberal dictada en 1811, fueron dos hermano ingleses, Messrs. John y Goseph Crosbies, de Londres, quienes tuvieron el honor de ser los heraldos del comercio anglo-chileno,

lanzando desde el Támesis la primera expedición á nuestros puertos. El bergantín *Fly* arribaba á Valparaíso en el transcurso del año del *libre comercio*, cargado hasta los topes con todas aquellas comunidades más urgentes en este remoto rincón del mundo: quincallería inglesa, herramientas de acero, lanas, objetos de lienzo y algodón; y con instrucciones de retornar cáñamos y cobre á la Europa, donde estos artículos marcaban entonces el *record* del precio (1): tales fueron los primeros pasos fundamentales del tráfico inicial del gran comercio anglo-chileno.

XXV

Era casi una novedad el bien provisto sobrecargo del *Fly* en 1811, y no menos que una maravilla para los chilenos de la época.

Ni dejan de ser curiosos, como ilustración estadística sobre el comercio de aquel entonces, los siguientes datos del que llevaba la barca *Rosalía* por esos años al Perú:

Ponchos, 355;
Quesos, 210;
Cestos de papas, 100;

(1) Debido á las guerras contimentales de esa época.—(*N. del T.*)

Palos de leña, 7,500;
Estribos de palo, 306;
Costillares, 134;
Pieles de carnero, 400;
Jabones de lavar, 385;
Nueces, 15,000;
Tortas de *alfajor* (con dulce de almendras), 12;
Allullas de grasa, 200;
Lenguas secas, 24 docenas; y
Esclavos sin lenguas, 14.

XXVI

Entre la oficialidad del buque, venía de Londres un joven apuesto, de inteligencia clara y de generosos y benévolos sentimientos, que regresaba al país años después, casándose con chilena y dejando buenos hijos y ciudadanos como noble legado á ésta su adoptiva patria. Este sajón nobibísimo, que murió, por desgracia, en la flor de la edad, fué Mr. John Barnard, un londinense que sólo contaba 13 años al embarcarse en el *Fly*, edad semejante á la de los principales del mismo, los mencionados hermanos Crosby.

Contento con el resultado de su primer viaje, Mr. Barnard volvió á Londres, y organizó inmediatamente otra y más importante expedición, equipando el buque inglés *Emily* (capitán Dart) con un valioso

cargamento compuesto principalmente de armas de fuego. Llegaba la hora ansiada del conflicto, y al anclar el *Emily* en Valparaíso, en agosto de 1813, la guerra con España estaba declarada y buques tras buques combatían en el sur de Chile contra el primer general Pareja, que acababa de desembarcar en San Vicente las tropas traídas de Lima.

Dos nobles amigos acompañaron en esta segunda expedición á Mr. Barnard y, como él, fundaron su hogar en esta distante y hospitalaria tierra: eran Andrés Blest, mercader respetable de Sligo, Irlanda, y Joaquín Iglesias, joven español que viajaba como intérprete á bordo del *Emily* y que tomó de su esposa en sus postrimerías los usos y hasta el traje del Gentleman inglés, desde el zapato rebajado hasta la corbata de blanco lino.

XXVII

Tan feliz cual el primero fué el segundo viaje de Mr. Barnard; y mientras anclaba en esta bahía, pudo contemplar el célebre y realmente heroico combate entre la *Phœbe*, fragata inglesa, al mando del comodoro Hillyar, y la corbeta de Estados Unidos, *Essex*, al mando del capitán Porter, cuyo memorable encuentro naval en vuestra alta y no menos respetada mar, ocurrió en marzo 29 de 1814.

La *Essex* dejó el Delaware para cruzar el Pacífico el 27 de octubre de 1812, entrando á Valparaíso en mayo 15 del siguiente año, en cuya ocasión re-

cibieron los yanquis ó *bostonenses* como generalmente se les llamaba aquí, una ardiente acogida. Después de un crucero de alrededor de un año, Porter regresaba á esta bahía, habiendo quemado audazmente más de 12 buques ingleses en alta mar, muchos de entre ellos balleneros, y destruído propiedades de mas ó menos 6 millones de dolars de valor.

No podía el Almirantazgo inglés permitir continuaran impunes tales pérdidas y ultrajes, despachando en el acto al *Phœbe* y al bergantin *Cherub* á atacar y á destruir donde estuviese al audaz navío de estrellas y listas. Felizmente para ellos, llegaron á Valparaíso unos ocho días después que el *Essex:* el león cogía al águila á la entrada de su guarida...

El comodoro Hillyar, en mérito á sus bien inspirados servicios á esta naciente república, era declarado ciudadano chileno, pues era no sólo un corazón noble sino también un espíritu emagnánimo dentro de un resuelto soldado.

Resolvió, pues, no dejar irse á su presa á continuar su carrera de devastación, pero temía á la vez violar las leyes de la neutralidad. Esperó en consecuencia, y esperó en tierra; y aún se agrega que ambos capitanes departían con frecuencia en casa del Gobernador General, y muy galantemente aún; loque tampoco impedía el que, á través de las ventanas de la neutral mansión, clavaran de vez en cuando una sagaz mirada hacia sus buques respec-

tivos, fondeados faz á faz en el puerto: eran el leopardo y el zorro prendidos de súbito en el matorral.

El capitán Porter, por todos los medios, trataba de escapar de las fuerzas superiores de su enemigo. Pero el inglés no lo perdía nunca de vista, y sucedió que esta singular aventura marítima era seguida momento á momento por el ojo avisor de los habitantes del puerto, tal como si se tratase de un drama en las tablas del teatro. Cada noche la brisa del océano llevaba á la playa los ecos del «God save the King» y del «Rule Britannia» y á ellos valientemente respondían los del *Essex* y en son de desafío, con el «Hail Columbia» y con el popular canto «Yankee Doodle.»

Por fin y en el ya mencionado día, y á favor de la fresca brisa matinal de la estación, leva anclas el capitán Porter y rápidamente se dirige al norte. Pero el *Phœbe* y el *Cherub* estaban muy alertas para no dejar irse al *Essex*, y acto continuo siguieron tras de él, poniendo proa hacia *Punta Gruesa,* en sentido contrario, ó sea, hicieron rumbo al notable promontorio de ese nombre, el cual hoy perfora un túnel.

Los americanos sostuvieron con denuedo realmente notable su pabellón, pero cuando empezó á quemarse el buque y cuando vieron perdida más de media tripulación, entonces el bravo Porter plegó sus banderas y se rindió entregando su espada á un oficial inglés que aparecía cual fantasma á bordo del *Essex*. . . Tal fué el horror, tal la desolación que tres horas de pelea sembraron horrísonamente por la

boca de 81 cañones ingleses. El almirante Farragut, que á bordo del *Essex* era un guardia marina en esa acción memorable, solía contarme, cincuenta años después, que jamás, en su larga y temeraria vida de marino, presenció carnicería más horrenda.

XXVIII

Ocurrió también á Mr. Barnard por aquellos días una aventura harto parecida á la del *Phœbe* y el *Essex*, siendo en ella un dogo el *casus belli*, y su adversario, el celebrado Cónsul americano, Mr. Joel Poinsett, habiloso é intrigante personaje, que dejaba el país poco después de la rendición del *Essex*. Es el caso que el sobrecargo trajo en el *Emily* un fino perro inglés, sin duda el primero de su raza («pointer») conocido en Chile, después de los dos que el aventurero Hawkins mandó de inglaterra dos siglos antes al caballero Beltrán de Castro por su rescate....

No sabríamos decir si ello fué un error ó un desquite por los prisioneros hechos en Valparaíso por los ingleses, pero es lo cierto que Poinsett lo arrastró consigo, primero en su viaje á San Francisco del Monte á despedirse de sus amigos los Carreras, y desde allí á Mendoza, lo que motivó la agria correspondencia que para muestra de los tiempos (que sin duda eran caballerescos) va en seguida:

Mendoza, 13 de mayo 1814.

Sir: Un valioso perro inglés vino conmigo desde

Santiago, pues no sabiendo quién sería su dueño, me lo traje. Por Mr. Beterson supe que era de Ud., é inmediatamente se lo devolvería si no hubiese cordillera, y en todo caso, como los arrieros no son muy humanitarios, temería su pérdida si lo viese en sus manos. Lo llevaré, pues, á Buenos Aires, y allí lo entregaré á un agente suyo, que lo ponga en poder de Ud. por el primer buque que salga á Chile.

Vuestro más obsecuente servidor,

J. R. POINSETT.

Al señor don Juan Barnard, Santiago de Chile.

J. R. Poinsett, Esq., Buenos Aires.

Santiago de Chile, 25 *de mayo*, 1814.

Sir:—He recibido vuestra carta datada en Mendoza el 13 de mayo, por la cual se confirma lo que previsoramente había vaticinado: que mi perro (°) os había seguido á través de la cordillera. Siendo un *pointer* inglés algo tan distinto de un perro del país, bien debería suponer que también á Ud. se le habría ocurrido que su dueño debería ser un inglés, y que, obrando en consecuencia, lo hubiese dejado

(°) Los autores del folleto y de la carta emplean la palabra POINTE *(literalmente perro de punta y vuelta).*

(N. del T.)

Ud. ó en el Montepío ó en la capital, antes de salir de Chile, pues entiendo que Ud. anduvo con él en camino de la ciudad hacia aquel establecimiento.

En Inglatera se acostumbra *entre caballeros*, que, si se encuentra un perro ajeno, una de dos: ó se le habandone o se le deje en lugar conveniente para que llegue á su dueño; y siendo otra vuestra actitud, lamento profundamente vuestra completa falta de mundo, y no menos de humanidad para con mi pobre y asendereado mastín.

En tales circunstancias, he sabido que Ud. lo entregará á mi amigo, Mr. James Kendall, en Buenos Aires, y de quien gustoso tendré recibo de ello según lo dicho.

Vuestro obediente servidor,

JHON JAMES BARNARD.

A. J. R. Poinsett, Esq.—Buenos Aires.

Buenos Aires, 30 *de junio de* 1814.

Sir:—Presumo haya sido informado Ud. por su amigo y compaisano, Mr. Beterson, de que su perro fué dejado en Mendoza en manos del brigadier don Juan José Carrera, encargado de remitirlo á Ud. en primera oportunidad, ó ponerlo á su orden.

Ya que Ud. no se dignó incomodarse en ésa en indagar los medios empleados para buscar al dueño

de su perro y devolvérselo en consecuencia, sería del caso reparara Ud. sobre las conclusiones poco liberales y poco decorosas que contiene su carta; y si alguien puede ser impertinente á cuatrocientas leguas, no podré por menos, señor, de confiar en que algún día nos encontraremos, y para entonces *yo os prometo no olvidar vuestra lección sobre lo que un caballero debe á otro caballero.*

Vuestro más obediente servidor,

J. R. POINSETT.

A Juan Barnard, esq.—Santiago (°).

XXXII

Volviendo nosotros ahora á otro tópico más serio, recordaremos que, perdido el país con el desastre de Rancagua (octubre 1.° de 1814) y reconquistada su libertad después de Chacabuco (febrero 12 de 1817), después de 28 meses de bárbara esclavitud; fué entonces y sólo entonces cuando la sangre de los nobles, robustos, mitad pensamiento, mitad actividad británicos, comenzó á derramarse en nuestras costas.

Pero antes de entonces y á consecuencia de la

(°) Mr. Barnard era una inteligente y galante persona, y fué autor de una anécdota muy curiosa. Hela aquí.

El sobrecargo del *Emily* era hombre inteligente y liberal, pero enérgico; y sucedió que, por no querer pagar cierto impuesto en la tesorería de Santiago, cayó en prisión; y tan

larga guerra entre España é Inglaterra, propiamente no había británicos en Valparaíso. Difícilmente si habría algunos gringos, arrojados por el embate de los contrabandos ó por los naufragios hacia estas playas; y, por singular destino, el primero de ellos, uno que llevó el nombre del primer apóstol y del primer sér de la creación: se llamaba Pedro *Adán*, y era su ocupación la de negociante en monedas. En los últimos tiempos aparece confiriendo ciertos actos en nuestros protocolos una dulce Eva (como muchas de vosotras lo sereis) en este valle del Paraíso...

Segunda parte

XXXIII

Llegamos á la parte de nuestra lectura en que la vida y la acción de los primitivos bretones de Valparaíso comienza de verdad, bien entendido que

---

injusta la creía, que hasta lo último se negó á abandonar ésta, con la mira de castigar así al juez injusto, y llegó hasta á escribir un panfleto con su propio epitafio escrito al tenor siguiente:

Hic jacet Barnard Anglius	*Aquí Barnard, el grande inglés descansa*
Leges et liberatatis vindex	*De ley y libertadas vengador*
Et tyrannorum flagellus	*Y de tiranos áspid.*

Esta anécdota es lo único que resalta en los párrafos XXIX y XXX de la obra.

(*N. del T*).

poetas, viajeros y críticos han concurrido en dar al título de *gringos* un origen del todo erróneo, como que no proviene él del canto escocés «Green grows the rushes O.» ni menos aún de la fantasía del teniente Guise en su libro *Los gringos*, donde pretende que este apodo viene de «greenhorns,» sobrenombre aplicado en las naves inglesas á los jóvenes é inexpertos marinos.

La palabra *gringo* es muy antigua, más que secular, y tuvo su origen en España ó más propiamente en Grecia, porque fué entre los españoles pase proverbial la de «esto es hablar en griego» cuando querían indicar que no entendían lo que se hablaba en otro idioma. Y con los años, el *griego* degeneró en *gringo*, de donde vino la costumbre de designar con este último vocablo á todos los extranjeros en Chile, y no menos á los ingleses.

XXXIV

Casi no cabe en los límites de este trabajo el rendir un tributo de admiración y de gratitud á esos nobles bretones que, espada en mano y el amor á la libertad en sus pechos inquebrantable, vinieron á redimirnos. Tal es el motivo de nuestra historia y esto bien lo sabe el país. No habremos ciertamente olvidado los nombres de los O'Carrols (los dos hermanos), los Miller, los O'Brien (dos héroes), los bravos Charles (muertos en Pisco), los Bell, los Vic Tupper, los Paroyssien, ni mucho menos al que fué

el primero en ofrecer el holocausto de su vida por éste su país adoptivo, dejando á su nieto (*) el amor á la virtud y al honor como el legado más precioso y permanente herencia: tal fué el general Mackenna, un nativo de Drogheda, Irlanda.

XXXV

Entre otros, fueron ésos los héroes de nuestras batallas campales; mas los libertadores heroicos de la tierra que abrió á Chile y al mundo las ondas del Pacífico, fueron sin cuento cual sus empresas.

Primero llegaron á bordo del *Hecate* los Guise y los Spry; entonces cuando Wooster, en el *Columbus*, y poco tiempo después de la batalla de Maipo, el inmortal adalid escocés que en los corazones ingleses sólo cede el puesto á Nelson, y en los chilenos á nadie (excepto un grande y sublime nombre) y que es considerado como el redentor de los mares: Tomás Lord Cochrane, Conde de Dundonald.

XXXVI

Escoltando al fogoso héroe en su camino, arribaba á estas costas una brillante pléyade de hombres intrépidos que siguieron su bandera y su ejemplo; y en medio de ellos, su capitán de campo y hermano político, Forster; en seguida, Villkinson, primer

---

(*) El autor. *(N. del T).*

comandante del *Lautaro*, que murió en esta ciudad por demás prematuramente á su gloria; Illisworth, capitán del buque que á su bordo traía al fugitivo campeón de la nación entonces justamente motejada con el apodo de «Inglaterra ingrata;» el galante Grenfell, que perdió un brazo en el Pacífico ganándose las placas de Almirante del Brasil; el obstinado y bravo Cobbet, sobrino del gran escritor político, que desapareció con su nave, la fragata *O'Higgins*, en terrible tormenta del Cabo de Hornos; el escocés Gordon,—el sagaz descubridor de tesoro oculto en la isla de Anana; los Carters, los Sanders; los dos Délanos y su padre, Prunier,y—sin olvidar á los restantes,- el caballeroso Simpson y el guerrero Bynon, cuyos lampos pasaron por el océano cuando ya otra generación de bravos muchachos llenara el mundo con su fama, fama de gloria y de proezas por sus abuelos no sobrepasadas...

XXXVII

Olvidábamos decir que fué el *Rosa* el barco que condujo á Valparaíso á Lord Cochrane y que, traído á estas aguas para engrosar las armadas unidas de Chile y la República Argentina, ejecutó bajo las órdenes del gentil Capitán Illinsworth y con el nombre de *Rosa de los Andes,* el más afortunado y audaz crucero en el Pacífico. Poco más tarde, su bravo

comandante era nombrado general del ejército ecuatoriano.

Los más de los corsarios que precedieron las hazañas de Lord Cochrane en estos mares, llevaban apellidos ingleses ó escoceses, y no podemos por menos que mencionar en esta serie á Mackay el famoso, un bravo escocés que se tomó por asalto al buque español *Minerva*, estando éste anclado en la bahía de Llico, y en las más extraordinarias circunstancias; y Mackay recibió como ajuste de su presa la suma de cuarenta mil dólars, no alcanzando casi parte á los veinticuatro camaradas que desde Valparaíso le acompañaron, en abierto esquife, á dar este golpe audaz.

Mackay había adquirido por tres veces su valor real el bergantín *Catherine* recién llegado del Támesis; y fué éste el celebrado *Fortuna*, que ya dijimos, capturó en el Callao al *Gran poder de Dios*.

XXXVIII

Tal fué la generosa ayuda prestada á Chile por los libres de la Inglaterra libre, y á la cual hay que agregar un grueso préstamo de cinco millones de dolars en oro.

Mas los hábiles Capitanes de las poderosas armadas sucesivamente enviadas por los gobiernos ingleses á proteger el floreciente comercio británico del Pacífico, de ningún modo fueron tampoco adversos al progreso y libertad de esta tierra.

Ya dijimos que el comodoro Hillyar fué hecho ciudadano de Chile, por sus servicios á los patriotas; siguiéndole pronto como jefe de la estación naval del Pacífico el Comodoro Bowles, grande é íntimo amigo de San Martín; y no olvidaremos, por fín, en esta rápida revista de comandantes superiores, al capitán Hardy. confidente y mayor de órdenes de Nelson á bordo del *Victoria* el día de Trafalgar.

En el período transcurrido entre Chacabuco y Maipú, vino á Chile en el *Amphion* el Capitán Bowles. Hardy en seguida, y en tal carácter dirigió éste las temerarias acciones de Lord Cochrane en el Perú; y ninguno de ellos hizo jamás un misterio de su personal simpatía por la Independencia de Chile.

Semejante línea de conducta adoptaron sus inferiores en rango, el Capitán Prescott, del *Aurora*; el Capitán Falconer, del *Tyne*; el capitán Searle, del *Hiperion*; el capitán Mackenzie, del *Superbe*; el celebrado Capitán Basil Hall, del *Comway*; y finalmente, el Capitán Hickey, del *Blosson*; cuyos oficiales jugaron el primer Match de Cricket en la antigua *Cancha de chueca* de Cerro Alegre, desposeyendo para ello de sus antiguos reales á los últimos aborígenes del viejo *cacique* Ventura, entonces un miserable alfarero de *Rinconada*.

XXXVIX

Pero acaso el menos amistoso de esos representantes de la neutral Inglaterra en estos mares lo fué el

Capitán Sheriff del *Andromache*, gallardo y cortés oficial cuya galantería hacia las beldades atrajo talvez una sombra sobre la frente del joven comandante.

Pero, afortunadamente para nosotros, la historia ha preservado un documento de la más alta delicadeza, que nos tomamos la libertad de leeros en su original lenguaje, á los sesenta años de haberse escrito, y ello con el solo fin de que oigais la voz de una acusada mujer, y de pagar público homenaje á los nobles británicos que públicamente defendieron su honra ofendida. Fué la misma Lady Cochrane la autora de esta defensa personal, y así expresó sus sentimientos en esta carta dirigida á los ingleses residentes en Santiago:

Lady Cochrane

to the Gentlemen Residents,

Santiago December 5, 1819.

Gentlemen:—Y cannot describe in terms sufficiently warm the feelings I entertain for the kindness and interest you have evinced in my behalf in the spontaneous expressions so honorable made by your meeting of the 3 rd instant; be assured that I feel this act of kindness the more as it has been displayed at a time when the absence of my husband has left me defenceless against attacks so wickedly designed to injured me in the public opinion. It has,

however, prove to me that although the interests of this countryma y have for a white deprived me of my natural protection, Y may ever depend upon your shielding me against the shafts of scandalous and malicious slander.»

«With regard to the production itself, Y fully coincide with you in having considered it as deserving of the most decided contempt, though Y trust the despicable author will swon be discovered, that he may receive those public marks of degradation which you, gentlemen, have so generously determined upon, by rejecting him from a society for which he is so evidently unfitted, and in which Y cannot believe he has ever been placed»

«Y have the honor to be, Gentlemen,

«Your obligedand obedient.

«*Catherine C. Cochrane*»

XL

Hemos ya dicho que Lord Cochrane recibió de los chilenos una confianza ilimitada y la más favorable acogida. En uno de los bailes ofrecidos al héroe, «las reinas del baile» *(the presiding belles)*, expresa un testigo ocular, el general (entonces mayor) Miller, eran Lady Cochrane y Mts. Commodore Blanco (doña Carmen Gana), ambas jóvenes, altamente dotadas y seductoras. La primera era una digna ejemplar de la hermosura británica, y la otra, tal-

vez la más bella y agraciada dama chilena. A estas estrellas de primera magnitud pudo agregarse Miss Cochrane (hoy Mts. Porter) quien, si algo les cede en encantos personales, en simpatías á todas aventaja.»

Pues bien, esta opinión no la daba un simple oficial extranjero, sino quien frecuentaba los salones donde se lucían los mayores atractivos y encantos.

Y sin duda que éste era el caso, puesprecisamen temedio siglo más tarde yo escuchaba en Spa y en sus baños, de labios de todo un almirante inglés que paseaba por el jardín, la hermosa tonada siguiente:

Zapato blanco
Media de lana
La culpa tiene
La Carmen Gana

XLI

Lord Cochrane retornó los cumplimientos recibidos de la sociedad porteña, con un banquete ofrecido el día de San Andrés, en honor del santo patrono de la vieja Caledonia. La señora del Lord presidía la mesa, de gran traje escocés. «Extraordinario júbilo y aplausos» dice el Mayor Willer, «brillaron en esos momentos, siguiéndose á ellos las libaciones y brindis dichos con no común entusiasmo en ocasión semejante; y nadie escapó á su vivificante influjo. Concluyóse advocando el nombre del patro-

no como santo de la comarca, y muchas aventuras curiosas ocurridas aquella noche, originaron las anécdotas más memorables.»

XLII

Con temor de abusar de vuestra paciencia, voy á agregar á la anécdota de mesa precedente, un ridículo trance ocurrido á Lord Cochrane muy poco después de una comida que le dió el acaudalado francés Dubern, un conspícuo comerciante de Valpaíso. Uno de los empleados de Dubern, que era un excelente y meritorio sujeto, á quien muchos de vosotros debísteis conocer en la venerable ancianidad,—don José Santos Cobo,—era uno de los comensales, y, conforme á una sencilla costumbre, ataba á un botón de su frac una esquina de la colgadura del mantel, á modo de servilleta. Corría el año 22, y en él ocurrió un horrible temblor (1): naturaleza nerviosa, el señor Cobo no pudo refrenar su impresión, y, víctima de ella y entre el vértigo y convulsiones que el pánico le produjo, arrojóse escala abajo, y chocando con los que también huían, dejaba el comedor convertido en montón de ruinas: —el terremoto había estado en las piernas del señor Cobo—ó talvez en su magín....

Así, al menos, uno de los huéspedes de Dubern cuenta el caso, y así lo publicó veinte años después.

---

(1) El 19 de noviembre de dicho año eran asolados Valparaíso y Copiapó por un espantoso terremoto. (*N.* del *T.*)

XLIII

Pero, en medio de los guerreros y marinos que aportaban á Chile los verdaderos bretones de Valparaíso, estaban también los fundadores de su comercio, los *pioneers* legítimos del progreso, los soldados de la paz y de la fraternidad: allí se establecía Mr. Andrew Blest junto con sus dos ilustrados hermanos; Mr Barnard regresaba de su tercer viaje á Londres; Mr. Jhon Sewell y el profesor Richards, entre otros muchos, que desde el distante Oriente, habían venido por los mares en busca del codiciado cobre,—artículo tan urgido entonces por la industriosa India; y otros afluían de los cuatro puntos cardenales, como del Donegal (1) los dos hermanos Cood; Mr. Jhon Barton, que acompañaba al heróico O'Brien, otro generoso bretón que, á bordo de la «Esmeralda», dejó su vida en Valparaíso; Mr. Henderson, compañero de negocios de Lord Cochrane, el buen escocés Macfarlane, su administrador agrícola; Bourdon, el primer mercader de Valparaíso; Lyon, dependiente de Dubern; Parker, Parish, Robertson, y algunos más que, como Alejandro Miller, Caldelengh, SamuelHaigh, el noble Ricardo Price,—un hábil comerciante,—cruzaron los Andes; descollando en ese gran desfile un varón cuyo nombre os invito á escuchar de pie, como que él fué el verdadero fundador del Valparaíso moderno, y porque

(1) Condado de Irlanda en la provincia de Ulster. (*N.* del *T.*)

él vió en sus postreros días insultar sus blancos cabellos y su pura fama por viles usureros: ya comprendereis que os hablo de Joshua Waddington, ese joven caballero de Londres que llegó á esta ciudad á los 25 años en 1817, y que murió en ella al alcanzar la edad provecta de los patriarcas de la Biblia.

XLIV

Pero el patriarca real de los porteños, antes que Waddington aún, fué un hombre muy bondadoso y de superior natural, un benefactor de los pobres que vivió pobre como ellos, llegando á ser un ciudadano de esta tierra, por la más singular manera, mediante el *lazo* de un hábil hacendado el año 1803, embarcándose en su bote en un punto del vecindario de la Laguna, después de dejar en tierra un buen ganado á despecho de las autoridades españolas del cerrado puerto. Ese honorable sujeto era Mr. Grosvenor Bunster; y su familia y la de su hermano Humphry hoy florecen en esta comarca bajo la sombra del nombre venerando de su fundador.

EPÍLOGO

XLV

La benéfica y casi instantánea influencia de la colonia inglesa era notoria desde su primera etapa. Llegado el capital inglés en abundancia en busca de legítima espansión comercial, inmediatamente

promovía un alza en el precio de los productos naturales confinados hasta entonces al pobre y forzoso mercado del Callao, que de Valparaíso se servía como de una simple *bodega* y sucursal de Lima; la condición del trabajo se dificultaba por los salarios reducidos que subían ahora; nuestras minas recibieron impulso no conocido gracias á los recursos y al esfuerzo de compañías inglesas; el valor de la propiedad aumentaba cuatro y hasta cinco veces sobre el del tiempo de la colonia; la población casi se duplicaba en dos ó tres años; y—lo que no era menos—las comunicaciones con el exterior, que una ciega, ominosa y abigarrada política cohibía del todo, surgieron como por obra de magia, abriendo todos los canales á las ideas, principios y regímenes destinados á completar en su curso la verdadera revolución que comenzaba una década anterior.

«El más notable aspecto presentaba», dijo un viajero que había visitado á Valparaíso al comenzar el siglo, y que volvía á verlo en agosto de 1818, (1) para notar la diferencia que entre aquél y este período ofrecía la bahía, que entonces apenas mostraba dos á tres navíos mercantes que enarbolaban el real pabellón; al paso que ahora estaba coronada de buques que izaban las banderas de muchas naciones, entre ellas los Estados Unidos.

«La admisión de extranjeros en su comercio», añade el citado escritor, «daba al puerto un aire de actividad y de vida desconocidos hasta entonces.»

(1) El capitán Cleveland.

Según Jhon Miers, á quien no consideramos un bretón realmente porteño, puesto que era un gratuito y amargo enemigo de Chile, á cuyo pueblo atribuía sus personales errores, según él, decimos, la población de Valparaíso, que antes de 1817, no excedía de tres mil almas, había aumentado hasta diez mil en 1818, y á quince mil en 1823. Pero Mr. Miers, que más bien era un inglés de Concón que de Valparaíso, no trepidaba en rebajarnos en cuanto nos favorecía y consideraba exagerada la cifra antedicha insistiendo en su egoista opinión sobre la población de tres mil ingleses y otros extranjeros residentes en el puerto tan sólo á la fecha de quince años después de estallar la independencia.

Un dato sugestivo del comercio de aquellos días: sólo en las boticas se vendía como sudorífico el té, que era tan escaso que, cuando la introducción del estanco en 1826, sólo existían 5,583 libras de té verde y negro, y solamente *siete libras de té perla*, á tres dolars cada una. Pero en cambio, en las oficinas de gobierno se contaban no menos de 79,810 cajas de naipes...

XLVI

Pero en las regiones campestres fueron harto peores las cosas para los paladares ingleses, y aquí viene á propósito una célebre anécdota.

Mr. Richard, un famoso profesor de inglés en Santiago, era, como el victorioso general Baquedano,

un gran consumidor de té, y en 1819 llegaba á este puerto en viaje de la India á la capital, con el buen aditamento de una cantidad de ejemplares de las mejores clases de la bebida; y al llegar á Curacaví, posada entonces del antiguo camino entre la Cordillera y el Pacífico, y llegada la noche, quiso servirse una rica taza. Al bajarse, pues, del caballo, ordenó á su sirviente prepararle un delicioso té; y figuraos cuál sería su sorpresa al ver aquel hombre grande, gordo, cansado y sediento, no el té aromático en nítida y caliente tetera, sino un brevaje, mitad fritura y mitad líquido. . ., servido en una cacerola de fierro: ¡se había confundido el mejor té de China con un paquete de *luche*, por gracia de un maestro curacavino!

XLVII

En el curso de esta Conferencia, ya por terminarse, manifestamos que el valor de la propiedad era casi nominal en Valparaíso, no existiendo tal vez allí ninguna casa que antes de 1817 valiese mil dolars.

Pero encontramos en nuestros protocolos que, desde esa fecha, la venta anual de muchas casas de adobes y corredor casi excedía de su valor real. Así, Mr. Peter Adam arrendaba á don Vicente Castro tres ó cuatro pobres cuartos situados en donde está el correo actual, por 300 dolars; al mismo tiempo, la familia Iñiguez arrendaba su *bodega de la*

quebrada del Almendro á Mr. Andrew Blest por 1,500 dolars, y la de Manterola lo fué á Mr. Callhoun, contratista de la escuadra, en 1,450 dolars. Y hasta las rocas de la *cueva del Chivato* eran vendidas á Mr. A. Blest por los padres de San Juan de Dios para fundarse allí la primera cervecería porteña, dando ellos por razón los peligros del mar. Y se ajustó su precio por 400 dolars y un censo á redimirse de un 4 por ciento.

XLVIII

Menos favorecido fué el Almendral, siempre trabajado por el temor de las olas embravecidas. Conocemos al menos una vasta quinta de doña Bárbara Astorga, que encerraba un huerto de 340 duraznos, 143 plantas de viña, 30 perales, 8 naranjos y 342 olivos, que fué arrendada á Mr. Padwick en 500 dolars anuales por 6 años.

Digno es de saberse que los escribanos de la época maltrataban los apellidos ingleses de tal manera que por Padovick escribían *Pachica*, *Hontaneda* por Houston, *Perreas* por Parry, *Bernales* por Bernard, y tal era su sistema ortográfico que en tiempos de la colonia se trastocaba un Irish Evanns por un *Ibañez*, y en nuestros propios días á un caballero vasco Duosorrosa en *Dulce de rosa*...

XLIX

A través de este avance local del Puerto, la Planchada transformábase en una decente plaza de comercio, y las pobres *tiendas* de los Candamos y Hontanedas y otros pequeños comerciantes nativos, que llegaron á millonarios á través de miserables hábitos, habían cedido el puesto á los cómodos *almacenes* de Cea y Portales, Aycinena, Sánchez y otros empresarios chilenos que quedaban pobres á través de su honor y de su dignidad.

L

Mientras cubrían los solitarios cerros sus pendientes abruptas con elegantes construcciones, dos carpinteros ingleses habían sido los héroes de tamaña empresa de transformación y saneamiento de la baja y antigua ciudad colonial. Fueron sus nombres William Bateman y Jhon Martin, el último de los cuales murió sólo últimamente, dejando una gran fortuna.

Talvez sería aquí de algún interés comercial el señalar uno de los más pingües negocios de aquellos buenos y viejos tiempos, cual era la fabricación de cajas de madera para embarcar por miles, por cientos de miles y hasta por millones, aquellos tan caros dólars del metal de Méjico y Potosí, los únicos medios de cambio usados hasta entonces por estos mundos de rudimentario comercio. En vez de las le-

tras de cambio, eran, pues, los buques de guerra ingleses convertidos á lo largo del Pacífico en una especie de Bancos flotantes que recibían en depósito y en garantía temporales los dichos singulares valores, mediante un interés de hasta un dos por ciento permitido á aquellos capitanes por su fuerte responsabilidad.

A cuyo respecto no deberá olvidarse el error en que cayera en cierta ocasión un honorable marino británico, el capitán Mackenzie, del *Superbe*, que firmó equivocadamente cierta factura; viéndose obligado á pagar al Banco de Inglaterra 80,000 dólares. Este infortunio, ligado á una enfermedad, causó la muerte del desdichado cuanto confiadísimo marino.

LI

De palpitante actualidad consideramos establecer el hecho singular de que, durante los veinte primeros años de nuestra independencia, los emprendedores americanos que, con el nombre de bostonenses, precedieron á los cautelosos ingleses en los negocios, habían llegado á superar ventajosamente á éstos, como lo comprueba el siguiente balance hecho en 1832:

Buques ingleses.	111—	Toneladas	20,155
» americanos,	83—	»	20,700

Diez años después (1842) el balance comercial

había cambiado diametralmente, pues contra 79 buques británicos con 23,695 toneladas, los yankis oponían sólo 22 con 7,499 toneladas,—declinación jamás recobrada.

El primer buque americano conocido que llegaba á Valparaíso con carga directa, fué el bergantín *Harriet*, capitán Cullen, arribado de Baltimore, con 103 días de navegación á partir de febrero 13 de 1818.

LII

Otra circunstancia peculiar á la época que acabamos de considerar, tocante al comercio inglés, es la de que este comercio no se hacía en el puerto propiamente sino en Santiago, donde, y al perfecto estilo español, la Casa de la Aduana estaba situada en la *Plazuela de la Compañía* y frente al famoso y tres veces quemado templo del mismo nombre.

Era una extravagante anomalía el que Santiago en aquel entonces fuese aun más herético que su puerto de mar, debido á la presencia, al prestigio y á la influencia de hombres dirigente de la colonia inglesa: Mr. Ingrham, el grande amigo de Portales y su desinteresado asesor financiero; Mr. Begg, el rico pero infortunado sucesor del más infortunado Salcedo en las minas de Puno; el «patriota Barnard» y su cajero y hermano político Mr. Robert Budge, que era un guardiamarina en el

guardabote que vigilaba al *Bellerofonte* cuando iba Napoleón á su bordo y al destierro; los dos hermanos Dreweckem, caballeros de gran distinción social; Mr. De Putron, Mr. Mac-Clure, Mr. Kirk, Mr. Newmann, todos ellos caballeros altamente educados que casaron con mujeres chilenas; M. Nathaniel Cox, un médico y benefactor; Mr. Appleby, que fué el primer corredor de carrera inglesa en Chile; Mr. Kennedy, á quien el soberbio secretario Portales dió el sobrenombre de «Boca libre» por sus amargas pero ingenuas críticas á su política; y cien más gentiles hombres que vivían en paz y trabajaban en los bancos del Mapocho y que desde el principio formaron una Liga y Comité Nacionales en resguardo de sus interés conforme á la índole sajona.

LIII

Entre sus altas y respetables relaciones sociales de Santiago, llegaron los ingleses á formar un alegre círculo con el nombre de «Gentlemen Buffers», que todas las semanas ofrecían sus salones á la sociedad chilena, y de vez en cuando algún baile suntuoso, cualfué el dado en casa de Mr. Barnard,—esquina de Compañía y Morandé—la noche del 17 de Julio de 1821; en cuya ocasión faltaron en Santiago los tapices con qué cubrir todos los salones de aquella mansión, viéndose obligado el director de la fiesta á echar mano de un gran fardo de ba-

yeta de color rosa;—y ocurrió que los valsistas, en su movimiento centrífugo, se incrustaron los plumones volados del suelo en los flamantes trajes, formando aquellos una como suave jarretera de nuevo cuño á las bellas danzantes,—lo cual dió origen á que sus buenos connacionales se diesen á repetir con el viejo Rey Eduardo: «*Honi soit qui mal y pense*...»

LIV

Pero la comunidad británica, en medio de los saraos, mal podía olvidar sus postreros deberes, y entonces daba una mirada solemne á la muerte.

El gran baile santiaguino de 1821 había costado 1,200 dólares (una fortuna entonces); y dos años más tarde los ingleses fundaban á costa de 1,136 dólares, el Camposanto en que hoy descansan los manes de sus fundadores: entre ellos estaban los Waddington, los Bunster, los Patrikson, los Miller y los Blest.

Y ¡triste de recordarse! quien lo estrenó fué un prendero escocés llamado Stewart, álias *el calcuteño:* primer habitante del solitario Cerro Alegre, el pobre fué asesinado por su mismo sirviente, que lo creía un Creso!

El gobierno chileno, pagando el respeto debido á los colonos extranjeros, tomó al culpable, y, convicto, encausóle para fusilarle, como lo hizo, á la

puerta de la casa de la víctima en el mismo Cerro, y así honró y satisfizo la ley y la vindicta pública con un acto de nacional justicia.

LV

Mas también la Inglaterra iba á plegarel manto de su justicia en honor de la justicia chilena, y ello fué en un sugestivo y doloroso caso criminal, cuya tragedia ocurría en el más culto sitio de la ciudad, confirmando aquél con sus resultas, como bajo un sello de honor y de equidad, la alianza de dos pueblos. Su breve pero fiel relato cerrará el cuadro de esta ya larga reminiscencia del pasado.

Corría la noche del 9 de Septiembre de 1827, ese mes de orgullo y de regocijo para el independiente Chile.

El teatro de Valparaíso, construído dentro del recinto de la antigua iglesia de San Agustín, estaba cuajado de entusiastas jóvenes, chilenos y extranjeros y, entre éstos, la mayor parte ingleses, principalmente oficiales de tres buques fondeados en el puerto bajo el mando del bravo é insigne almirante Sir Jhon Sinclair.

De súbito, en mitad de la serena y patriótica representación, se oyó un tiro de pistola, y el sargen-

to de la guardia teatral, José María Muñoz, caía muerto á los pies del teniente Fullerton, del *Doris*.

¿Qué había sucedido? Que, en medio de un desorden promovido por el dicho oficial, que estaba ebrio, éste disparó sobre aquél su arma de fuego, atravesándole la cabeza.

Los compaisanos de la víctima corrieron como un solo hombre á armarse en las barricadas del pueblo, subiendo al *Cerro del Castillo* próximo, y bajaban muy luego á la playa cuatro ó seis piezas de artillería.

Al mismo tiempo, los oficiales de guardia en los buques ingleses oían el clamoroso tumulto levantado en la ciudad, y recibiendo exajeradas noticias del peligro, desembarcaron sus marineros en número de dos ó trescientos, con dos cañones, y, debido al sentimiento dominante de furor, una batalla parecía inminente en medio de esa noche, cuando la paz quedó restablecida por la simple interposición del almirante Sinclair y del gobernador Lastra, el último de los cuales era visitado por aquél durante el conflicto.

Al siguiente día, los ingleses culpables fueron sometidos á las autoridades chilenas, y el teniente Fullerton, juzgado por una corte marcial de oficiales generales chilenos y, muy luego después, separado del servicio de Inglaterra.

LVI

Tales fueron desde luego los firmes vínculos de la amistad anglo-chilena, consolidada en el corto período de diez años de recíprocas y dignas relaciones cultivadas ora en el comercio y en la sociedad, ora en la guerra.

Por fortuna, ese acercamiento ya era un hecho consumado cuando la tragedia de Septiembre de 1827, pues, una semana después, el reconocimiento de la independencia de Chile, era oficialmente anunciado por el cónsul Nugent como una demostración de la hábil y levantada política del muy ilustre George Caming hacia las repúblicas hispano-americanas.

En esa hora memorable (octubre de 1827), aquel grande hombre acababa de morir, pero, antes de cerrar su noble carrera de estadista, habló así á las naciones de Europa, —y estas palabras jamás las podrán olvidar ni el poderoso Imperio de la Vieja Albión ni sus buenos súbditos en Chile—: «Yo llevé la vida á un Nuevo Mundo para rehacer el balance del Viejo».

¡Palabras de sublime profecía, que serán un hecho perenne mientras haya chilenos en las playas del Pacífico, y que continuarán resonando sobre la faz del suelo y del mar de dos naciones que inmortalizan la idea en esta grandiosa máxima:

¡«BRITISH LOYALTY AND CHILIAN HONESTY»!

Santiago, 18 de Agosto de 1910

FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
16	21	Suficientes	Suficiente
17	27	Otros	Otro
20	11	al	tal
29	20	brigueros	trigueras
32	25	hermano	hermanos
35	24	vuestra	nuestra
36	19	emagnánimo	magnánimo
40	6	habandone	abandone
49	2	countryma y	country may
"	"	white	while
56	23	Willer	Miller